

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Marco Tulio Aguilera Garramuño
Aguilera.marcotulio@gmail.com
Universidad Veracruzana

Verdad es belleza (Memorias)

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 21-23.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Lo que soy al día de hoy, bueno, malo o grado x en la escala ética, estética y política: productivo, feroz, crítico, vanidoso, voluntarioso, admirador de la belleza, lector voraz, estudioso de todo lo existente, aventurero, soberbio, buena persona, honrado, sincero, inepto violinista, aspirante a superhéroe –eso digo yo, habrá que ver qué opina le gente–, todo lo que soy tuvo su semilla en un pueblo-ciudad de Costa Rica que se llama San Isidro del General: allí tuve mis estrenos –incluyendo uno fundamental en el Bar Tico–, leí todo Dostoevski, Miller, *Las Mil y una Noches*, Vargas Vila, recibí clases de lectura y redacción de la discretamente sugestiva Vilma Alfaro de Vega (ah, nostalgia la mía de una debilidad endémica: la primera minifalda que vi en mi vida: el atisbo del gran secreto) y lecciones de locura feliz de don Danilo Salas y arcanos feroces e indescifrables de matemáticas del despiadado negro Lindor, de música y latinismos de Faustino Chamorro; allí, en San Isidro, gané mi primera medalla en carrera atlética compitiendo ni más ni menos que contra el campeón centroamericano Rafael Ángel Pérez (perdí pero me dieron medalla; de ahí mi actual adicción a las preseas, medallas, premios, de todo tipo), allí tuve una existencia silvestre cerca del río General y conocí a las mujeres más ferozmente hermosas del mundo que habitaban el polvoriento parnaso de San Isidro. Allí comencé a escribir y gané mi primer concurso (segunda gran adicción) con una rústica e imaginativa biografía de Beethoven: el premio fue ir a escuchar la *Novena Sinfonía* en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica (recuerdo que disfruté la obra de quien consideraba mi *semblable* con deleite de sibarita ignaro en el gallinero del Teatro, enfundado en un

VERDAD ES BELLEZA (Memorias)*

Marco Tulio Aguilera Garramuño

En un comedor gigantesco con ventanas monumentales que nos ofrecían el paisaje original más esplendido de palmas, árboles en estado diríase precámbrico, y atrás el río, el viejo río General en el que hicimos yo y mis hermanos de niños tantas fechorías y gozamos de tantos deleites, se llevó a cabo una especie de glorificación extrema de mi inmodesta persona.

traje de paño negro grano-de-pólvo-va que me regaló el señor Rossi, dueño de la fábrica de fideos en donde trabajé empacando tallarines; recuerdo que mi madre recibió el traje de regalo y le pidió a un sastre que lo redujera para que se ajustara a mi cuerpo de quince flacos años).

Y a ese pueblo-ciudad, San Isidro del General, es a donde fui hace poco tiempo a dar conferencias sobre la novela que escribí hace más de cuarenta años, una novela en la que yo describía a las lindas y atrevidas y descaradas putas de aquel pueblo del fin del mundo y al sargento Robustiano y a las peregrinamente bellas mujeres, que florecían silvestres como en ningún otro sitio del mundo, y al padre Coto y a don Danilo Salas y a la *Sietecolores* y a la *Musoc*.

La fundación de San Isidro fue llevada a cabo precisamente por el primer Barrantes, Sergio Barrantes, hombre no solo vivo sino vivísimo, poseedor de 54 hectáreas de bosque y selva a cuya casa nos dirigimos.

¿Tema de la reunión?

Homenaje al prócer que ha cantado las glorias municipales y las ha llevado allende los mares. Allí se oficiaría no solo una cena digna de Alejandro Magno y una bebida tremenda y gargantuesca, sino una de las escenas más memorables y acaso insoportables de mi vida. En un comedor gigantesco con ventanas monumentales que nos ofrecían el paisaje original más esplendido de palmas, árboles en estado diríase precámbrico, y atrás el río, el viejo río General en el que hicimos yo y mis hermanos de niños tan-

tas fechorías y gozamos de tantos deleites, se llevó a cabo una especie de glorificación extrema de mi inmodesta persona.

El viejo Barrantes, un auténtico tótem de aspecto prehistórico, presocrático y paleolítico, tenía una cámara digital recién comprada y estaba dispuesto a competir con el infinito. Comenzó a disparar fotos, lo que haría constantemente durante varias horas. Decía mirando su contador de fotos: ya he tomado 60, me faltan 1117, ¡flash, flash, flash! Fotografizó a mi esposa en todas las actitudes, me fotografió a mí de forma casi demencial y poco faltó para que me siguiera hasta el baño con su cámara con capacidad para tomar 1500 fotos. Pidió que lo fotografiaran conmigo entrelazando los brazos mientras bebíamos rústica champaña local en altas copas como si fuéramos novios. Barrantes tiene 93 años pero posee una energía de galeote bien alimentado. Su esposa, tan veterana como él, es una mujer dulce, mansa, sumisa. Doña Petrita recordó haber tenido gran amistad con doña Ruth, mi madre. “A esta casa venía doña Ruth contigo, un muchacho flaco, de brazos y piernas muy largas. Tendrías doce o trece años y no te quedabas quieto ni un instante, te movías para arriba y abajo, hablabas, cantabas, recitabas poemas de Neruda, García Lorca y León de Greiff y no había forma de hacer que te sentaras quieto”. Mientras tanto el patriarca Barrantes seguía eufórico, me servía ron con Coca, cognac de marca, guaro, lija, vinos de las más abstrusas barricas e insistía en que Lety bebiera, pero ella impávida (y siempre obsesiva por la salud y la buena digestión) seguía tomando agua. El patriarca le puso un plato con huevos de codorniz al frente. “Este plato digno de Montesquieu es solo para mi hija”, dijo –el patriarca había decidido adoptar a mi amada con quien había intimado desde una fiesta

anterior– y la hacía objeto de apabullantes atenciones que mi dueña sobrellevaba con su sonrisa de cuadro de exposición. “Los huevos de mis pajaritos queridos son solo para mi hija”, insistía de manera casi infantil el patriarca. Leticia comió solo dos huevos; yo me comí el resto, unos veinte, deliciosos, incomparables, adictivos; “podrías haber muerto engullendo huevos de codorniz, cien, doscientos, quinientos, estabas en la cima de la ola de la gran euforia, de la vanidad satisfecha”, me diría mi esposa al amanecer del día siguiente mientras yo pagaba las consecuencias en el trono de los incontinentes, “eres el modelo perfecto del perfecto suicida, imagínate el resultado de la autopsia: murió de una intoxicación de ego satisfecho”. Frente a nosotros había veinte variedades de carnes: de faisán, de venado, de tepezcuintle, de la putamadre. Leticia ni las probó. Solo me miraba beber, comer, posar para las fotos y era como si estuviera diciendo “yo te dejo, yo te dejo, nada más te miro pero te juro que lo vas a pagar muy caro”. Todos los concurrentes insistían en demostrar la trascendencia de mi novela fundacional, su fidelidad al pasado, el carácter de documento histórico de la obra, me hacían preguntas como “¿qué se siente ser famoso?” y yo decía, “no se siente nada: yo regreso a mi casa y allá no soy famoso, nadie me pone atención, soy como todos: trabajo, natación, leer, escribir y a veces salir de viaje y disfrutar de estas atenciones... pero generalmente mi vida es como la de cualquier oficinista al que su mujer manda a comprar tortillas y al que regaña si no lava los platos”. No faltó quien dijera que mi novela era mejor que la mejor novela del mundo, y todos apoyaron y trataron de demostrarlo. Yo les dije: “Mi novela es importante para ustedes porque en ella se ven reflejados y en verdad no importa si es mejor o peor que





Alianza animal 3

otra, simplemente es una novela en la que este pueblo se ve reflejado”.

La fiesta se prolongó aunque yo estaba al borde del desmayo tras horas y horas de conferencias, entrevistas, traslados, viajes, emociones violentas, encuentros. Comenzó a llover torrencialmente. A las ocho de la noche me puse de pie y dije “¡ya estoy muy cansado, no aguanto más, me voy!”, y el patriarca dijo “¡no, no!, otro trago”, y bueno, otro trago, más fotos, muchas más. Me regaló una hermosa edición de las obras completas de Cervantes en un tomo, me dijo que iba a hacer todo lo posible para traerme de nuevo a San Isidro pues era imperativo que regresara y me instalara aquí y escribiera, como Cervantes, la segunda parte de la novela, y me sacó fotos con su nieto Sergititito Barrantes: un muchacho rubio de ojos claros, inteligente, que hablaba con coherencia e información, mencionaba a Nietzsche y a Rilke con naturalidad, y me dijo: “Este muchacho, mi nieto, es tu sucesor, este muchacho es el que va a escribir la segunda parte de la gran novela”.

Terminé la noche mareado, como ayer, con el vientre lleno como un odre de todas las carnes, todos los vinos, todas las frituras, frijoles, arroz con pollo, aceitunas, confituras, vinos, aguas de mil aromas... Y, claro, humm, no pude dormir precisamente porque estaba agotado. Sin embargo me sentía henchido de la energía inevitable cuando se han colmado todas las expectativas. **LPyH**

*Fragmento del libro *Verdad es belleza* (Memorias), Berlín, Iliada Ediciones, 2022.

Marco Tulio Aguilera Garramuño ha recibido los premios Bellas Artes de Novela, de Cuento y de Cuento infantil en México, así como Latinoamericano de Cuento. Finalista en Alfaguara y Premio José Eustasio Rivera de Novela. Trabaja en la Editorial UV desde hace 42 años.